

***Laudatio, a cargo de M<sup>a</sup> Teresa González de Garay***

Universidad de La Rioja, 5 de septiembre de 2007

**Doctorado *Honoris Causa* de D. Mario Vargas Llosa**

*Con la venia del Rector Magnífico de la Universidad:*

*Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,*

*Miembros de la Comunidad Universitaria,*

*Señoras y Caballeros,*

*Amigos todos:*

El Consejo de Dirección de la Universidad de La Rioja, encabezado por su rector, José M<sup>a</sup> Martínez de Pisón, propuso la concesión del título *Doctor Honoris Causa* —la máxima distinción académica y, en esta ocasión, la primera de nuestra Universidad— a Mario Vargas Llosa. Es para mí un honor, como profesora de Historia de las Literaturas Hispanoamericanas y Española, y miembro del Departamento de Filologías Hispánica y Clásicas, recibir en su Claustro al escritor Mario Vargas Llosa, ilustre hombre de letras nacido en Perú y de espíritu y vida cosmopolitas, creador de las más celebradas ficciones y de los más vivos e independientes discursos y testimonios de nuestro tiempo.

El nombramiento de Mario Vargas Llosa no precisa justificación a la vista de su dilatada, variada y rica trayectoria vital y literaria: su nombre ostenta la figura de un hombre comprometido con su tiempo, dominado por una fuerte curiosidad abierta a diversas culturas, lo que le convierte en un latinoamericano decididamente universal, y proporciona por sí mismo gloria y honor a la Universidad que lo acoge.

Mario Vargas Llosa posee el aliento del artista, que como reza el tópico del Humanismo, recrea o construye por segunda vez el mundo que habitamos y soñamos, este edificio sostenido por la rueda del tiempo, el lenguaje, la causalidad histórica (y la casualidad o el azar). Como otros grandes novelistas, consigue lo que parece un imposible: “resumir en una historia (...) ese vértigo infinito que es la experiencia humana”, donde aparece el individuo pero también los contextos sociales y políticos en los que ese individuo se desarrolla.

Como es sabido, Jorge Mario Pedro Vargas Llosa nació en Arequipa (Perú) el 28 de marzo de 1936. Nacionalizado español en 1993 es miembro de la Real Academia Española de la Lengua y autor de obras fundamentales de la literatura hispanoamericana. Ha obtenido numerosísimos premios, entre otros, el Premio Cervantes (1994), el Rómulo Gallegos (1967), el Nacional de Novela del Perú (1967), el Príncipe de Asturias de las Letras (1986) y el Planeta (1993). Es miembro de la Legión de Honor de Francia y le ha sido concedido el Doctorado *Honoris Causa* por universidades de Asia, Europa y América como Yale (1994), Harvard (1999), Oxford (2003) o La Sorbona (2005). La lista es abrumadora y cualquier internauta puede consultarla en la red. Su nobleza como creador justifica por sí sola este doctorado que hoy aquí en Logroño le entregamos.

La creación literaria de Vargas Llosa abarca varios géneros y dimensiones que van desde la narrativa (cuentos y novelas), el teatro, la literatura memorialística y el ensayo literario, hasta los ensayos políticos y periodísticos. En todos ellos el dominio del lenguaje en sus variados registros enriquece constantemente el español a la vez que muestra una independencia y libertad de pensamiento encomiables. Y todo ello realizado desde la más disciplinada voluntad de escritor y desde un talento cultivado a conciencia a lo largo de años de apasionada vocación. Un ejemplo de este trabajo, casi épico, lo encontramos narrado en su libro *Historia secreta de una novela* (1971), donde expone la gestación y fases por las que atravesó la escritura de *La casa verde*, desde sus fuentes de inspiración hasta el proceso de reescritura al que el autor sometió los primeros borradores. Su *modus operandi* lo ha hecho explícito Vargas Llosa en otras ocasiones, como al hablar de la ambiciosa e impresionante novela histórica *La Guerra del fin del mundo*.

Destaca con deslumbrante luz propia en su obra la narrativa, llena de imágenes complejas de plurales mundos, concretos y precisos, y de personajes auténticos y genuinos, inolvidables por su lenguaje y por la veracidad y coherencia de sus actos. *La verdad de las mentiras* (2002), como el escritor tituló uno de sus libros de ensayos, es una frase que expresa bien el valor que las ficciones tienen para Vargas Llosa y también para la humanidad. Verdad y belleza en mundos acotados por la imaginación que enriquecen y amplían el nuestro, siempre en movimiento y, de alguna sorprendente manera, inaprensible. Muchas experiencias vitales, biográficas, del autor, están nutriendo sus ficciones, por lo que vida y literatura se funden magistralmente de modo muy íntimo en la obra de este escritor apasionado y rebelde. Un cotejo de sus relatos memorialísticos (*El pez en el agua*, 1993) con alguna de sus mejores novelas, confirma la idea de que vida y literatura no sólo no son incompatibles sino que se enriquecen y alimentan mutuamente.

Podríamos definir varios ejes geográficos y temáticos vertebrales en sus narraciones y clasificarlas según estos criterios:

—Las situadas en un Perú básicamente urbano (Piura, Lima), con un retrato emocionante de barrios como la Mangachería, cuna y lugar de refugio de “Los inconquistables”, la Gallinacera o el elegante Miraflores limeño: *Los jefes* (1959), *Los cachorros* (1967), *La ciudad y los perros* (1963), *Conversación en La Catedral* (1969) y *La tía Julia y el escribidor* (1977). Dentro de ellas harían grupo aparte las que convierten a Lituma en personaje principal, entre policíacas y psicológicas, en el contexto del Perú más profundo, en Piura o en la sierra selvática alejada de la población costera: *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986), situada de nuevo en la legendaria y musical Mangachería, y *Lituma en los Andes* (1986). O la novela del increíble devenir revolucionario trotskista del homosexual Mayta, en *Historia de Mayta* (1984).

—Las ubicadas en la selva amazónica peruana: *La casa verde* (1966), *Pantaleón y las visitadoras* (1973), una de las más humorísticas y divertidas, en la que el militarismo llevado al extremo muestra su talón de Aquiles, y *El Hablador* (1987), donde “Mascarita” viene a ser el emblema del escritor que no ha perdido, contra corriente, el sentido de su función mágica y aglutinadora de las tribus y familias que le escuchan con fervor, los Machiguengas del alto Urubamba. En *La casa verde* —en mi opinión una de las mejores novelas escritas en español del siglo XX, junto a *Conversación en la Catedral*—, aparece de cuerpo entero Lituma, que se nos irá

revelando como uno de los personajes más entrañables, desprotegidos y bondadosos de la narrativa del autor. Estas novelas selváticas exploran un mundo que forma parte importante de Latinoamérica y que encierra aún muchas enseñanzas que nuestra civilización parece haber postergado.

—Las históricas, situadas fuera de Perú: *La guerra del fin del mundo* (1981) en el Brasil del siglo XIX, centrada en la rebelión de Canudos y con un retrato épico y estremecedor de los totalitarismos patrióticos y de los fanatismos religiosos; *La fiesta del chivo* (2000), que aborda el tema de los dictadores latinoamericanos desde el interior de la personalidad violenta y corrupta de Rafael Leónidas Trujillo, en la República Dominicana, o *El paraíso en la otra esquina* (2003), que narra los avatares de la socialista, revolucionaria y feminista franco-peruana, Flora Tristán y de su nieto, el pintor Paul Gauguin, fugado a Tahití en busca de un mundo sin hollar por la civilización occidental, donde lo exótico, la utopía y el poder de la sexualidad vivida sin tabúes le hacen reencontrar la fuerza creadora perdida en una Francia agotada y decadente.

—Las eróticas: *Elogio de la madrastra* (1988) y *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997). Continuación una de otra y en las que las fantasías sexuales —cultas, pictóricas y exquisitas— cumplen un papel esencial y maravilloso en los juegos, espejos y máscaras del erotismo y del amor. Tanto “Fonsito” como Don Rigoberto son dos personajes, no exentos de ciertos rasgos irónicos y humorísticos, que viven de manera muy peculiar su sexualidad. Las proclamas a favor del individualismo de Don Rigoberto son auténticos revulsivos en una sociedad que se refugia en el narcótico de las masas y colectividades para olvidar en ellas sus carencias y frustraciones, renunciando a la libertad. El erotismo que contienen es lo más opuesto que hay a la pornografía tan tristemente popularizada en nuestros días.

—La de múltiples geografías (Londres, Tokio, el Lavapiés madrileño, el sur de Francia) aunque Perú y París sean la referencia nuclear y constante: su reciente *Travesuras de la niña mala* (2006).

Todas ellas están atravesadas por pasarelas y movimientos entre diversos escenarios y personajes, pero predomina, sin duda, como lugar geográfico, histórico y sentimental, Perú, auténtica “piedra de toque” de nuestro escritor.

No queremos dejar de mencionar el teatro. Un género con el que el autor comenzó su ilusionada carrera, estrenando a los 16 años *La huida del Inca* en su colegio de Piura, cuando vivía en casa de la familia materna felizmente alejado de un padre temible. Este género, muy interesante, quizá se conoce menos de lo que debiera. *La señorita de Tacna* (1981), inspirada en la historia familiar de la Mamaé, *Kathie y el hipopótamo* (1983), *La Chunga* (1986), personaje que ya aparece en *La casa verde* y que aquí encontramos, enigmático y taciturno, soportando las ensoñaciones y borracheras de “Los inconquistables”, una obra en la que un solo hecho objetivo genera en cada personaje interpretaciones dispares acomodadas a sus deseos y fantasías; o *El loco de los balcones* (1993) y *Ojos bonitos, cuadros feos* (1994). El teatro como género que se atreve a representar lo objetivo y lo subjetivo entrelazados, “ese —utilizo palabras del autor— laberinto de ángeles, demonios y maravillas que es la morada de nuestros deseos”.

Culminación de esta afición al género escénico será la atractiva adaptación de la *Odisea* homérica, *Odiseo y Penélope* (2007), que hizo e interpretó el mismo autor, encarnando a Ulises junto a la carismática actriz Aitana Sánchez Gijón.

Otro hito importante son sus ensayos literarios: sobre Flaubert (*La orgía perpetua*, 1975), Victor Hugo (*La tentación de lo imposible*, 2004), Joanot Martorell (*El combate imaginario*, 1972; *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*, 1991), José María Arguedas, Sartre, Camus, o García Márquez, entre muchos otros, y su interés por artes como la escultura (Víctor Ochoa, *¿Cuándo se acaba una obra?*, 2006), el cine, la radio, o por problemas tan acuciantes como los de la Guerra de Irak o la cuestión de Israel y Palestina, que demuestran su compromiso con la dimensión política y con los temas más polémicos y problemáticos de la actualidad (*Contra viento y marea*, 1983; *El lenguaje de la pasión*, 1999, etc.).

A pesar de la limitación del tiempo y con todo el respeto por el modelo retórico de “Laudatio”, quisiera hacer, en los minutos que me quedan, un discurso más personal y más emocionado. Quisiera decirles a todos que me parece un milagro estar hoy realizando esta Investidura en Logroño. Por varios motivos. El primero es que cuando decidí estudiar Filología Hispánica, en 1974, en La Rioja no había Universidad. Sí acababa de inaugurarse el Colegio Universitario de Logroño, que impartía sólo los tres primeros años de carrera, en condiciones más que precarias. Me matriculé en 1º en la Facultad de Zaragoza, pero los cursos 2º y 3º los curse en el Colegio. Sólo voy a recordar un dato: la sala de lectura de la biblioteca del Colegio Universitario consistía en una habitación de poco más de 15 metros cuadrados y el catálogo no alcanzaba los 3000 títulos, aunque esa cifra era muy alta para lo que en realidad teníamos a mano los estudiantes, un par de estanterías con manuales muy básicos de Historia de la Literatura y de la Lengua Españolas y algunos diccionarios (hoy se acerca al millón de fichas, con más de 200.000 libros disponibles). El salto cuantitativo y cualitativo dado desde entonces es lo que me parece que pertenece al “realismo mágico” o “maravilloso” de la evolución cultural de La Rioja en materia universitaria. ¿Quién podía imaginarse una realidad como la actual? Claro que entonces no éramos Comunidad Autónoma y Franco no había muerto. En aquellos años ni siquiera se pudieron cursar en Zaragoza las asignaturas de Literatura Hispanoamericana porque no había profesores de la materia. Y eso que ya habían llegado “los escritores bárbaros” y extranjeros a nuestra literatura. “Benditos bárbaros”, “Y supimos que eran dioses” son los títulos de dos de los capítulos del magnífico libro sobre *La recepción de la literatura hispanoamericana en España entre 1960 y 1981* que Joaquín Marco y Jordi Gracia publicaron en 2004. Allí se analiza bien el cómo se fue realizando la recepción de esta literatura rigurosamente moderna, plena de libertad y valores universales, pero que se encontraba con la torpe oposición de un tardofranquismo que no podía sentirse expresado en ella. Mario Vargas Llosa fue uno de los protagonistas de esta historia, uno de nuestros “benditos bárbaros”, uno de nuestros cómplices.

Cuando concursé para dar clases de crítica literaria en el CUR en 1981, la única literatura hispánica que se impartía era la española. Sólo desde que se creó la Universidad de La Rioja en 1992, hace quince años, y se pusieron en marcha las nuevas titulaciones, la literatura hispanoamericana se hizo presente. Y sus asignaturas las asumí, desde la inexperiencia, con fuerte ilusión y energía. Todos estos años he disfrutado con ellas y es por ellas

por las que hoy hago encantada el elogio de uno de sus mejores representantes vivos y de uno de mis autores predilectos. De uno de mis más queridos autores desde hace 36 años. Sin creermelo del todo que hayan pasado tantos años y que hoy esté presente entre nosotros...

Porque yo, lectora sin maestros y compulsiva en mi infancia y adolescencia, leí por azar a los 14 años, y sin tener ni idea de la literatura hispanoamericana ni de quién era el escritor, la primera novela de Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, gracias al catálogo del Círculo de Lectores, Club al que mi familia acababa de suscribirse. Entre mi hermano mayor y yo (los únicos que leíamos en casa) elegíamos los títulos mensuales con gran regocijo y alguna que otra discrepancia. Yo seleccioné *La ciudad y los perros* por el atractivo del resumen que ofrecía el catálogo, y por supuesto la novela me fascinó. Cuatro años más tarde, apenas cumplidos los 18 y fallecida mi madre en la plenitud de su vida, tuve la fortuna de acceder a una excepcional biblioteca personal que poseía una muy bien elegida colección de literatura escrita en español. El verano de 1975 devoré *Conversación en la catedral* y *Pantaleón* y un poco más tarde *La Tía Julia y el escribidor* y *La casa verde*. Y así “he seguido” como lectora al autor, hasta el momento actual, no desde la sala del gran público, sino encerrada en el gabinete de lectura de casa.

Alguna vez me he preguntado si había entendido algo de esas primeras lecturas de mi adolescencia. Pero hace tiempo que tengo claro que sí entendí muchas cosas, aunque a lo peor algunos datos de las realidades socio-políticas de Perú no las integraba en un correcto mapa de referencias. Pero sí sé que me engancharon y que sus personajes dejaron una huella profunda en mí, especialmente los adolescentes y jóvenes con quienes me identificaba. El idealismo, la bondad, las inquietudes, la timidez de “Zavalita” en *Conversación en la catedral* y su “desesperada dignidad” (Roberto Bolaño *dixit*) cuando se decide a abandonar la casa de sus padres y a vivir por su cuenta y cuando descubre el inconfesable secreto de su padre; o la capacidad de adaptación, a pesar de la soledad, la violencia y las privaciones, de Alberto “El poeta”, en el Leoncio Prado, eran dardos que me ayudaban a seguir adelante luchando por lo que entonces quería ser, modelos de conducta, lecciones de vida, y, lo más importante, me hacían sentirme viva y conectada con el mundo en la soledad de mis lecturas... Las complejidades técnicas de *Conversación en la catedral*, por ejemplo, o de *La casa verde*, no eran ningún obstáculo para entender la historia, porque como en una sinfonía, rápidamente, intuitivamente, iba identificando las distintas voces y melodías, las reiteraciones y pasarelas, los enlaces y las rupturas, los cambios de ritmo y de espacios y tiempos, y todo fluía en la comprensión lectora sin sobresaltos. Y esa es una gran virtud de Mario Vargas Llosa. Que entretiene, interesa y comunica sin que las técnicas literarias, muy refinadas en ocasiones, impidan, ni siquiera entorpezcan, la comprensión y el disfrute a un lector mediano que ignore dichas técnicas. Y por eso a mis alumnos les recomiendo que lean a Vargas Llosa por placer, que elijan por sí mismos algunas de sus novelas (suelo recomendarles todas). Que nunca se planteen su lectura como una obligación. No se debe leer por obligación a ciertos autores (entre ellos Vargas Llosa, y también Cortázar, por ejemplo, para no dejarle solo). Después del placer pueden llegar los análisis. *Cartas a un joven novelista*, 1997, explica muchas de esas técnicas, desde los “cráteres” a los “diálogos telescópicos”, pasando por las “muñecas rusas”, los “vasos comunicantes”, los “saltos cualitativos”, los “datos escondidos” o las transgresiones y relaciones entre realidad y ficción.

En mayo presenté una ponencia en la Universidad de Salerno sobre *Las travesuras de la niña mala* en el contexto de un pequeño Congreso cuyos temas fueron el Viaje y el Mito. Me espoleó el ver en la *web* críticas a la novela que me parecieron injustas. Porque en esta novela encontré conexiones precisas con personajes de las primeras narraciones del autor. El protagonista bien pudiera ser una prolongación de alguno de los adolescentes miraflores de sus cuentos o de *Conversación en la Catedral*. Un personaje que al fin realiza su sueño de vivir en la dorada medianía en París, pero que en su alma lleva como estigma el amor no correspondido por una mujer, absolutamente libre, que representa para él el Perú más telúrico. El niño bueno lleva a Perú en su corazón y da cuerpo, en su exilio voluntario, a una cultura “huachafa”, conmovedora, tierna y bondadosa, que no tenemos ahora tiempo de analizar. Lo hizo muy bien el autor en su *Diccionario del amante de América Latina* (2005), y sólo podemos apuntar que esa palabra representa una forma de ver el mundo característicamente peruana y en absoluto despreciable.

Esta novela, narrada desde la primera persona del peruano Ricardo Somocurcio, ofrece una visión distanciada y sintética, escéptica y algo humorística, de movimientos culturales claves en la Europa de los años 60, 70 y 80. Y es un ejemplo de cosmopolitismo y de sabiduría narrativa. Una odisea al revés, en la que Ulises no quiere regresar a su patria y en la que Penélope subvierte todos los valores tradicionales que la definen. Es una novela que hace disfrutar y revisar épocas que están vivas aún en nuestro imaginario social. Y por eso, entre otras muchas cosas, es absurdo que haya personas que piensen que leer este tipo de literatura equivale a perder el tiempo y a evadirse de la realidad.

Y es que la literatura y la política no están tan alejadas como algunos piensan. Con palabras del autor (*Literatura y política: dos visiones del mundo*, 2001):

“La mejor manera de despertar en un ser humano el idealismo, esa fuente de generosidad, es la literatura; ella nos saca de la rutina que anula y embrutece en nosotros la generosidad de los valores, la solidaridad, el idealismo, el soñar en algo distinto y mejor, esa generosidad que nos mueve a indignarnos frente a lo que anda mal: Por ello es importante que la literatura y la política, sin renunciar a lo que son, con un conocimiento cabal de cuáles son los límites de ambas actividades, se acerquen y mantengan una intensa dialéctica, en el sentido más clásico de la palabra. Un intercambio dinámico y crítico que las enriquezca a ambas y las defienda contra la inhumanidad”.

Voy a añadir, como correlato necesario, contra la falta de libertad, algo por lo que las letras siempre han estado combatiendo, desde los viejos libros de caballerías, tan del gusto de nuestro autor, hasta los postmodernos métodos y ordenadores del “Oulipo”.

Unos versos del poeta Tomás Segovia (exiliado republicano en México y cosmopolita), sobre la libertad, bien podrían aplicarse al mundo literario, a ese amplio catálogo de universos habitados por personajes “fosforescentes”, vivos y dignos (Pichula Cuéllar, Pedro Camacho, Juan Barreto, Salomón Toledano, La

selvática, por citar otros pocos), que siempre podemos encontrar en la excelente literatura de Mario Vargas Llosa:

“Siempre puede pisarse esta tierra tendida  
Donde tan ancho y libre ondea el tiempo  
Este crecido mundo siempre vuelto de frente  
Como una cara en paz  
Y que no se escabulle  
Cuando nuestras miradas le lanzan el despliegue  
De su jocosa red desnudadora”.

Con el orgullo de acoger en nuestra Universidad a este gran escritor, que honra con su trabajo la lengua de Gonzalo de Berceo, de Cervantes, de Quevedo y de tantos otros magníficos escritores, y considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y universitarios, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego, que se otorgue y confiera al Sr. D. Mario Vargas Llosa, el supremo grado de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de La Rioja.

Muchas gracias.